
Juan CHAPA, *La transmisión textual del Nuevo Testamento. Manuscritos, variantes y autoridad*, Salamanca: Sígueme, 2021, 250 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-301-2080-2.

Juan Chapa, profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, es Doctor en Filología clásica por la Universidad de Sevilla, doctor en Teología por la Universidad de Navarra y Doctor en Letras clásicas (papirología) por la Universidad de Oxford. Es uno de los editores de la colección «The Oxyrhynchus Papyri», donde periódicamente ha publicado ediciones críticas de nuevos manuscritos. También ha escrito numerosos artículos académicos sobre diversos aspectos del texto del Nuevo Testamento. Gran parte de ese bagaje está presente en este volumen. Alguno de los capítulos es totalmente original, aunque la mayor parte de la obra reelabora material ya publicado en revistas académicas, desplegando el tema –el que indica con precisión el título– con claridad y con bastante erudición, particularmente en lo que se refiere al *status quaestionis* bibliográfico. El resultado es una obra de síntesis y a la vez una obra de referencia. A este respecto, aunque el índice final es bastante claro –en general, los títulos de los capítulos y los apartados reflejan bien aquello de lo que se habla a continuación–, un índice de materias ayudaría al lector –ya sea teólogo, exegeta o filólogo– menos ducho.

La obra se estructura en siete capítulos, acompañados de una Introducción, una Conclusión y un Capítulo final con la Bibliografía mencionada (pp. 221-248), que incluye las referencias editoriales completas, ya que en el cuerpo del texto se citan abreviadamente. Sería imposible resumir todos los capítulos y los temas que se tratan, ya que el volumen tiene forma de compendio y trata muchas cosas. Sin embargo, pienso que vale la pena hacer notar algunas cosas que muestran cuán interesante puede ser la lectura de este libro.

El primer capítulo, «Los testigos», es una presentación de los papiros más antiguos (siglos II-IV) del Nuevo Testamento, los anteriores a los códices mayúsculos conservados: Vaticano, Sinaítico, etc. El capítulo enumera los poco más de cien papiros que poseemos de esos siglos y describe a continuación los más importantes. Explica los procedimientos de datación y expone las características más relevantes de los papiros neotestamentarios: se detiene un poco más al explicar el origen y la significación de los *nomina sacra* –las abreviaturas peculiares por las que algunos nombres, Dios, Señor, Jesús, Cristo, y

algún otro, se escriben solo con la primera y última letra, con una raya encima— presentes en muchos de esos manuscritos cristianos, y en el significado que puede derivarse de la preferencia de los manuscritos del Nuevo Testamento por el código, cuya aparición no es muy anterior al cristianismo, frente al rollo. El capítulo acaba con tres tablas (pp. 50-53) donde esquemáticamente se muestra qué papiros testimonian cada uno de los libros del Nuevo Testamento; en otras tablas se ofrece la datación asignada por los expertos a cada uno de los papiros.

A continuación (pp. 55-151), vienen cuatro capítulos que se dedican al texto y a las variantes. La crítica textual es necesaria porque no tenemos ningún texto original; en buena lógica, todos los libros neotestamentarios son variantes. No es exactamente así, porque en la mayor parte del texto del Nuevo Testamento la coincidencia entre los fragmentos es unánime y, además, cada una de las expresiones bíblicas es coherente con lo que le precede y lo que le sigue. Lo que muestra el autor es que, a través de los manuscritos, la crítica textual, si bien no puede llegar al texto original, quizás puede aproximarse bastante a un «texto inicial» del que de manera razonable se puedan derivar los demás. Pero las variantes no tienen solo una dimensión negativa, no son errores que nos impiden llegar a lo original. Las variantes son también señales de los caminos que siguen las comunidades cristianas, desde su preocupación por una comprensión ortodoxa de la Escritura hasta los modos por los que es posible comprobar la capacidad de los textos por expresar más —al modo de un texto vivo, según las pautas establecidas en la «crítica textual narrativa»— de lo que el crítico moderno puede proponer. En esos capítulos, además de resumir las posiciones de los autores —E. Epp, B. Ehrman, D. Parker— que han propuesto esas teorías con horizontes particulares, el autor lo ejemplifica con estudios más detenidos de algunos pasajes evangélicos: Jn 8,1-11; Lc 22,43-44; Jn 8,25; 20,17.

El capítulo sexto, «Producción de libros cristianos primitivos y canon», es el que indica mejor la relación entre la crítica textual y la teología. Aparentemente, son dos mundos diversos ya que el lugar del primero es la filología, no la teología. Donde se unen los dos campos es en la determinación del canon de la Sagrada Escritura, especialmente en sus límites. Es cierto que el Concilio de Trento, al declarar solemnemente el índice de los libros de la Sagrada Escritura, lo hizo mediante sus nombres, y que el referirse al texto apuntó hacia aquellos sobre los que se sustentaba la Vulgata, ya fueran hebreos o griegos. Esa indeterminación, o apertura, de Trento en referencia a los textos

originales hace más interesante, si cabe, la cuestión de la conservación y transmisión de los libros. La conformación de los escritos sagrados en códices, es decir, en volúmenes que incluían varios libros bíblicos cada uno, es un testigo providencial de la conciencia del canon bíblico cristiano y de su forma. El examen de los códices plantea preguntas y ofrece algunas respuestas a cuestiones referentes a la conformación del canon exacto de la Biblia cristiana. Al hilo de las teorías de algunos autores en torno a la edición de los libros (Trobisch) o a la función que pueda tener la colección entera, el canon, como tabla de referencia de la fe (Kraft), Chapa explora los resultados obtenidos, y formula el valor autoritativo que la comunidad, la Iglesia, reconoce en esos textos, apoyada también en su forma. El siguiente capítulo, «La cuestión del texto autoritativo», apunta hacia el mismo lugar, apoyándose o en otros fenómenos, como el valor de la regla de la fe en el cristianismo primitivo. La «Conclusión: el texto en la Iglesia» es una breve recapitulación sobre el aspecto teológico central: el texto, todo texto, está llamado a su actualización, sea por la actualización oral, la lectura, sea por la interpretación. Esos son los caminos por los que la Palabra de Dios ha llegado, y llega, a la Iglesia, y en su recorrido la Palabra no solo se hace humana, sino que se reviste también de tinta y papiro. Pero, siempre, en la Iglesia.

En un juicio global sobre la obra merecen ser rescatadas dos palabras: claridad y profundidad. Las dos cualidades tienen su fundamento en la cuidadosa distribución entre el contenido del cuerpo del texto y las notas a pie de página. En el cuerpo se exponen con claridad todas las cuestiones relevantes hoy en día sobre el texto del Nuevo Testamento y su transmisión. En las notas a pie se apunta la Bibliografía necesaria –que es muy numerosa y variada, como muestra el elenco bibliográfico al final del volumen– para entender el cuerpo, pero discutiendo las opiniones de los autores y contrastándolas con otras posiciones. El lector tiene así a su disposición una explicación clara y unos lugares donde puede acudir para indagar por su cuenta en lo que haya de problemático. A este respecto, como se ha dicho arriba, un índice de materias al final del volumen –el de autores no es necesario, a no ser de aquellos que han presentado teorías propias– convertiría este libro en una necesidad para quien quiera saber más sobre cuanto se implica en la transmisión del texto del Nuevo Testamento.

Vicente BALAGUER
 Universidad de Navarra
 DOI 10.15581/006.54.3.797